

LAS PRIMERA IMÁGENES DIOS EN LOS NIÑOS

*Fernando Martel**

1. Introducción

¿Cómo se imaginan los niños a Dios? Esta pregunta se la han realizado muchos padres, educadores y pastoralistas que tratan cada día de transmitir la fe a los niños y, sin embargo, pocas respuestas han obtenido. Responder resulta difícil y recurrir a bibliografía especializada también, pues no se ha escrito demasiado sobre ello. Por eso, desde estas líneas pretendemos cooperar en esta ardua tarea de acercamiento y comprensión de este mundo tan misterioso como es el infantil. La síntesis, que a continuación presentamos, pretende ser una forma de incentivar a todas esas personas arriba indicadas para así asegurar que la indispensable plausibilidad, la auténtica interpretación y comprensión del comportamiento religioso crezca y se solidifique a través de la vinculación de los niños con ellos.

Para esta reflexión seguiremos el siguiente itinerario: partiremos del marco teórico que nos ayudará a comprender cómo se va desarrollando el pensamiento evolutivo religioso; variables que intervienen en la personalidad religiosa infantil y aspectos que la configuran; el siguiente paso será detenernos en las características religiosas del niño entre los 6 y 12 años (educación primaria); y completaremos la reflexión ofreciendo unas orientaciones para la educación religiosa.

2. Marco teórico: estructura mental religiosa en la infancia

2.1 La construcción de la estructura mental religiosa. Variables que intervienen en la religiosidad¹

Si partimos del principio básico de que los influjos exteriores y las experiencias propias serán el resultado de toda religiosidad, comprenderemos que es un campo lleno de tensiones entre el ambiente y las vivencias particulares de la persona.

El punto de partida será referirnos a la construcción de la estructura mental religiosa. ¿Cómo se explica la construcción de una estructura mental, un modelo conceptual o cosmovisión de carácter religioso? Como en otros muchos aspectos del aprendizaje, debemos referirnos al modelo de interacción piagetano de asimilación y acomodación. Quiere decir esto que el aprendizaje religioso supone que se va haciendo una interpretación o construcción de los datos de la realidad en función del

* Licenciado en Ciencias Religiosas y Diplomado en Ciencias de la Educación. Profesor de Religión.

¹ Cf. Interesante las obras de B. GROM, *Psicología de la Religión*, Barcelona 1994; A. DE GREGORIO GARCÍA, *La escuela católica... ¿Qué escuela?*, Madrid 2001, 262-266; C. DOMÍNGUEZ MORANO, "Psicología de la Experiencia Religiosa", en M. GARCÍA-BARÓ, C. DOMÍNGUEZ MORANO, P. RODRÍGUEZ PANIZO, *Experiencia religiosa y Ciencias Humanas*, Madrid 2002, 73-82. F. OSER, *El origen de Dios en el niño*, Madrid 1996.

sistema cognitivo ya existente de contenido religioso. Pero a su vez, esos datos nuevos de la realidad se “encajan” en lo que ya se conoce transformándolo. B. Grom, psicólogo de la religión, responde con una triple alternativa: “puede explicarse como aprendizaje a partir de un modelo, aprendizaje a partir de una instrucción y aprendizaje mediante refuerzo externo y confirmación social”².

Pero sería insuficiente decir que el desarrollo de la personalidad religiosa viene dado exclusivamente por los elementos, factores o agentes cognitivos, porque otros factores, pertenecientes al psiquismo no estrictamente cognitivo, pueden condicionar, modificar o impedir la construcción de una determinada estructura de conocimiento religioso. Por ejemplo, entre las variables que muchos analistas consideran que intervienen en el desarrollo de la personalidad religiosa están el sexo, la clase social, el tipo de sociedad y lugar de residencia, los rasgos de la personalidad (autoestima, autoritarismo, dogmatismo), factores situacionales (interaccionismo)...

2.2 Religiosidad en la infancia³

Tal como ocurre en los distintos aspectos que configuran la personalidad del individuo, la experiencia religiosa se desarrolla y articula a lo largo de la vida, por eso no tienen la misma visión de Dios un niño y un adulto. Nos detendremos en analizar las características religiosas de la primera etapa escolar obligatoria (6 a 12 años), pero antes debemos dar unas pinceladas de las dos etapas precedentes:

Los dos primeros años de vida

En esta primera etapa no se dan signos de religiosidad, pero es crucial para la futura religiosidad del niño, ya que se preparan las estructuras básicas de su personalidad.

De los 2 a los 6 años

En esta etapa existen momentos muy diferenciados. Aparecen las primeras conductas religiosas, tales como besar una imagen o repetir una sencilla oración.

De los 2 a los tres años y medio, las conductas religiosas son recibidas de la autoridad de los adultos, de ahí que tengan un marcado carácter imitativo, verbalístico y ritualista. A esta temprana edad, el niño aún tiene poca conciencia de Dios y de la oración.

Será entre los tres años y medio y los seis cuando el niño conciba a Dios en términos familiares: como un anciano, padre... La oración consistirá en una demanda de alguna intervención mágica.

² Cf. B. GROM, *o.c.*

³ Cf. A. GODIN, *El Dios de los padres y el Dios de los hijos*, Estella 1965. A. ÁVILA, *Para conocer la Psicología de la Religión*, Estella 2003, 109-123.

Pero al final de esta etapa el niño comenzará a dar rasgos humanos a Dios quien desarrolla su vida y su actividad como cualquier otro adulto. Además, prolongará hasta el final de la siguiente etapa, conceptos diferenciados sobre Dios, como por ejemplo el ser autor de la Creación. Podemos decir que la relación del niño con Dios a esta edad se expresa en sus oraciones espontáneas y en sencillos ritos religiosos, que junto a su concepción antropomórfica y su egocentrismo infantil, marcan el carácter utilitario de su vínculo con lo divino como consecuencia de la concepción mágica que tiene de Dios⁴.

c) De los 6 a los 12 años

En esta etapa los conocimientos religiosos del niño provienen principalmente de la familia, la escuela y la catequesis. Paulatinamente los irá acomodando de manera personal, lo que quiere decir que las preguntas que se plantea acerca de Dios las intentará resolver por él mismo.

El desarrollo del pensamiento religioso presenta tres fases, que se corresponden con las que marca Piaget para el desarrollo de la inteligencia, aunque con excepción del límite de edad, sobre todo cuando se refiere al paso del pensamiento concreto al abstracto, dado que la religiosidad no es una realidad manipulable, se verá retrasada. Un motivo más de este retraso se debe a la enseñanza en la escuela, que es superior a la capacidad de comprensión de los alumnos.

Merece destacar la concepción antropomórfica de Dios en el niño, que pasará progresivamente de una idea de Dios hombre a Dios como Espíritu. Los atributos de Dios también sufren una evolución lenta y gradual. El orden en que se integran es el siguiente: Dios omnisciente, Dios omnipotente, Dios omnipresente y Dios Espíritu.

3. Características religiosas en la educación Primaria⁵

A partir de lo arriba indicado, nos vamos a centrar en las características que presenta la experiencia religiosa del niño de educación primaria, que comprende el período entre 6 y 12 años.

a) El egocentrismo

Se fundamenta en la dificultad para distinguir entre el mundo real y su propio mundo. El niño es incapaz de situarse en un punto de vista distinto al suyo. En el egocentrismo está presente una fuerte carga fantástica, que hace posible que el mundo religioso ejerza un gran hechizo sobre el niño, atraído por un mundo que se halla entre los límites de la fantasía y la realidad.

La representación de Dios está impregnada de actitudes narcisistas, de proyección del propio deseo de omnipotencia. El niño paternaliza a Dios, dirá Bovet.

⁴ Cf. A. ÁVILA, *o.c.*, 114-115.

⁵ Cf. J. MILANESI y M. ALLETI, "Psicología de la Religión": *Cuadernos de Pedagogía Catequística* (1974) 175-207.

Sobre Él se proyectan las relaciones afectivas que ya han tenido lugar con los padres. En un segundo momento, al descubrir el niño las limitaciones de éstos, le transfiere a otro ser, Dios, las perfecciones que ya no encuentra en los padres.

Aunque la dimensión egocéntrica no se abandone en esta etapa, algo que no nos debe de sorprender, ya que gran parte de las oraciones de los adultos llevan esta carga egocéntrica, el grado de madurez entre los 6 y 12 años es muy distinto. Así como al principio de la etapa el contenido de la oración es más egocéntrico y afectivo, a los doce años ya está presente la acción de gracias. Sin embargo, encontramos ya desde los 6 años, niños que hacen patente una evolución altruista, frases como "te doy gracias", "te pido por la paz", "gracias por regalarme la vida", "te pido por los niños enfermos", "gracias por las cosas que nos has regalado"... Esta cierta intencionalidad en la oración se da alrededor de los 10 años.

Por consiguiente, el lenguaje egocéntrico es aquel que no sirve tanto para comunicarse con el otro como para acompañar la acción vivida. Piaget dice que "son palabras que no se dirigen a nadie o a alguien en particular, y que no suscitan una reacción adaptada por parte de los interlocutores ocasionales"⁶. Este lenguaje no es tanto para comunicar afirmaciones, sino para afirmarse él mismo de forma más o menos emotiva frente a los demás.

b) El antropomorfismo

Se define como la tendencia del niño a representar a Dios de modo humano. Es uno de los rasgos más sobresaliente en esta etapa de educación Primaria, en especial en torno a los 6-7 años.

Cuando hemos desarrollado nuestra actividad con niños y hemos pedido que nos dibujasen a Dios, casi en su totalidad, toman la concepción antropomórfica de Dios, aunque podríamos dar un paso más y decir que en un gran número usan la imagen estereotipada de Cristo: imagen cristomórfica. Dibujan a un señor con barbas y revestido con túnica. Sin embargo, también nos encontramos una concepción de Dios antropomórfica, en donde es representado como un ser superior: con alas, de mayor tamaño, con aureola, corona real... El niño es consciente de la insuficiencia de su concepción, en ese intento de trascendencia es donde introduce todos esos elementos simbólicos, rodeado de ángeles, flores... Una afirmación más del antropomorfismo la obtenemos a través de preguntas que los chicos han hecho a Dios: qué come, si tiene pelo, su color favorito, cómo es su ropa, su edad... Entre los 10-12 años, la evolución en el pensamiento religioso hace que a los chicos les cueste mucho dibujar a Dios afirmando que no saben cómo es, pero a pesar de ello, se aproximan a la imagen de Dios apoyándose en personas concretas, y decimos aproximarnos porque son ya conscientes de la imposibilidad de representar gráficamente a Dios. Por tanto, la disminución del antropomorfismo va tomando generalizándose conforme se avanza en edad, madurez y educación del niño.

⁶ J. PIAGET, *El lenguaje y el pensamiento en el niño*, Buenos Aires 1967, 24-25.

Con todo, cualquiera que sea el grado de representación antropomórfica de Dios en el niño existe la conciencia de la diversidad radical entre Dios y el hombre.

c) El magismo

El pensamiento mágico es aquel que recurre a las relaciones de participación para modificar la realidad, o dicho de otro modo, es la tendencia a adueñarse de fuerzas ocultas y superiores para provecho propio, mediante el empleo de signos y ritos sin posterior compromiso personal. La mentalidad mágica, igual que la animista, unida a la afectividad egocéntrica y radicada en las estructuras infantiles, encuentra un relanzamiento en la niñez gracias a determinados tipos de enseñanza religiosa, que tienen apoyo en los esquemas del pensamiento lógico-concreto.

Del trabajo de campo con chicos, recogemos algunas preguntas representativas del magismo: cómo haces resucitaciones, tienes magia, cómo convertiste el agua en vino, cómo curaste a las personas, sabes el futuro... Y en diálogo con ellos acerca de la creación del mundo, se ratifica este magismo con respuestas como: Dios crea con su magia, pensando con la mente, con sus poderes... Aunque el magismo es más representativo entre los 3-7 años, no se aparta del pensamiento infantil hasta edades de entre los 10-12 años. Cuando trabajamos con los chicos textos bíblicos sobre curaciones y milagros, observamos una actitud mágica de Dios o de Jesús. Hasta los 9-10 años no tienen dificultades en aceptar los milagros con sencillez y naturalidad.

d) El animismo

Es otro de los rasgos específicos del pensamiento infantil, unido también al egocentrismo. Se define como la tendencia espontánea a atribuir al universo inanimado, o a los acontecimientos del mundo exterior, intenciones benéficas o maléficas respecto al sujeto.

Sobre estas tres últimas características tratadas, antropomorfismo, magismo y animismo, debemos recalcar que son dimensiones normales de la religiosidad infantil. En ocasiones, los adultos, damos un juicio negativo sobre estas cuestiones, en cuanto empleamos un criterio de valoración típicamente adulto. Sin embargo, en el niño, las actividades mágicas, animistas y antropomórficas representan casi con seguridad un síntoma de maduración e indican actitudes pre-religiosas.

4. Otras características religiosas en la educación Primaria

Junto a las anteriores características propias del pensamiento infantil que irán desapareciendo a medida que se va avanzando en edad, vamos a señalar otras que se tratan menos en el ámbito de la evolución religiosa infantil, pero que son muy significativas para un desarrollo religioso adecuado: figuras parentales, Dios Padre creador, Dios Padre omnipotente y omnipresente y la moral y el problema del mal.

a) Figuras parentales⁷

Las concepciones de lo divino son muy variadas, tanto en contenidos como en nombres. Las personas nos hemos servido de las experiencias humanas fundamentales tal como son vividas en las diferentes situaciones históricas.

Entre los símbolos con los que Dios ha sido concebido, la persona humana sexuada, hombre/mujer, padre/madre es una de las más frecuentes. La experiencia paterno-filial es una manifestación privilegiada de la capacidad de simbolización que tiene la naturaleza humana.

En el estudio del psicoanálisis, la imagen paterna aparece como ley que pone freno al deseo ilimitado, como modelo protector que se ofrece como ideal y ayuda, y promesa de plenitud que está más allá de los logros y satisfacciones inmediatas.

El modo de entender el niño su relación con Dios es como ordenador del cosmos, como juez y como Padre. Teniendo en cuenta estas aportaciones teóricas, destacamos unas consideraciones a tener en cuenta:

- Los niños están acostumbrados al tratamiento de Dios como Padre desde que inician la etapa escolar obligatoria, se les presenta la imagen de Dios como “Dios Padre bueno”. Por eso, si se les pregunta quién es Dios, las respuestas mayoritariamente son: Dios es nuestro Padre, Dios es el Padre de todos, Dios es nuestro Padre que nos quiere mucho, Dios es un Padre bueno y todos somos sus hijos, Dios es mi Padre...
- Dios Padre y Madre. Dios Padre-Maternal. Gibellini nos aporta una reflexión interesante: “al decir padre cuando hablamos de Dios, no decimos necesariamente nada distinto de cuando decimos madre”⁸. Por tanto, al referirnos a Dios como Padre, intervienen dos propiedades: ser principio de una nueva vida y proteger la nueva vida a la que se ha dado origen. Por consiguiente, podemos decir que Dios es Padre en cuanto que venimos de Él, como un niño procede de su padre (y de su madre), y en cuanto nuestra vida encuentra refugio y protección en Él, como la vida de un niño la encuentra en su padre (y en su madre). Quiere decir esto que el concepto de paternidad equivale aquí al de generosidad, que incluye a padre y a madre, así que con el mismo rigor que decimos Dios es Padre podemos decir también Dios es madre. La imagen de Dios realiza una síntesis completa de las figuras parentales, ambas figuras simbolizan a Dios, aunque hay matices diferenciadores: el factor paternal viene repre-

⁷ Cf. J. SASTRE GARCÍA, *Fe en Dios Padre y Ética*, Madrid 1995, 208-215; B. FUEYO SUÁREZ, *Dios Padre y Madre, imágenes familiares y representación de Dios en la Psicología contemporánea*, Estudios filosóficos 37, 1988.

⁸ Cf. R. GIBELLINI, “Feminismo y Teología”: *Iglesia Viva* 121 (1986) 67-68.

sentado por la ley-autoridad, mientras que el maternal por rasgos como ternura, acogida, comprensión y misericordia.

El influjo de los padres es absolutamente único y decisivo, pero la realidad actual nos dice que hay un elevado número de jóvenes que no llegan a asimilar la fe de origen familiar, con lo que también evidenciamos que el influjo de los padres tiene también un límite. Hay que reconocer que en la conformación de la fe existen otras influencias tanto positivas como negativas, como los coeducadores extrafamiliares, religiosos o antirreligiosos, los medios de comunicación, las motivaciones personales o la participación en la vida de comunidad de fe en grupos.

b) Imagen de Dios creador

Es una de las imágenes de Dios por excelencia. Es fácil observar en esta imagen de Dios la transición de la fe mítico-literal a la sintético-convencional.

Entre los 6-9 años, los niños creen en los relatos de la creación del mundo, del hombre y de la mujer en un sentido literal. Están en la edad de preguntarse por las causas de las cosas y su explicación. Por eso, ya a esta edad el niño se cuestiona ¿cómo ha creado Dios el mundo? Responderán con una de las características propias de su edad, Dios crea con su magia. Pero, sí les parecerá evidente que Dios es el creador.

c) Dios omnipotente y omnipresente.

El niño reconoce el poder de Dios, indistintamente de la edad, pero con ciertas variaciones. Si a los 6 años el niño comprende a Dios como “hombre poderoso” que es capaz de hacer todo lo que quiere, y todo lo que hace es siempre bueno, porque nos quiere y porque es nuestro Padre; a los 10 años, en cambio, vuelven a confirmar el poder de Dios que es capaz de hacer lo que quiere, pero ahora comprenden menos la actitud de Dios, se preguntan por qué deja que entre el mal en la vida humana, se extrañan ante el silencio y la inactividad de Dios en los momentos difíciles..., con todo, nunca juzgan mal a Dios, únicamente manifiestan su incompreensión.

A estas edades el niño se reconoce vigilado por Dios, que está en todas partes. Sin embargo, en el niño actual se observa un logro importante con respecto a generaciones anteriores, para ellos Dios no nos vigila con el fin de castigarnos. Los chicos no ven en la omnipresencia de Dios el temor, eso les da más libertad y les hace ser más agradecidos, por eso las oraciones espontáneas no tienen esa carga de culpabilidad y miedo.

5. Orientaciones para la educación religiosa

El psicoterapeuta vienés Erwin Ringel escribió un apasionante libro titulado *El abandono de la religión como consecuencia de la formación religiosa. Causas y consecuencias desde la psicología profunda*⁹. En él se trata de la “intoxicación de Dios” que se pro-

⁹ Citado por A. BIESINGER en su obra “No mentir a los niños acerca de Dios”, Madrid 2002, 49.

duce como consecuencia de una formación religiosa neurotizante. Una mala calidad de la formación religiosa puede repercutir de manera negativa en el desarrollo de la vida del niño, en vez de ofrecer ámbitos de optimismo y libertad, conduciría a la creación de sentimientos de esclavitud, dudas y tiranía.

Por eso, el primer paso y requisito previo para hablar a los niños acerca de Dios es aclarar nuestra propia imagen de lo divino. Para ello, debemos desprendernos, si la tenemos, del lastre de esa imagen que provoca angustia o sentimientos de culpa, del Dios de la ley, riguroso y exigente, o de esa imagen deprimente y negativa, parcial, centrada en los méritos y en la muerte, en donde sólo relacionamos con Dios los atributos de señor, rey o juez y abandonamos los del Dios viviente y cercano.

Conscientes de nuestros propios condicionantes, podemos enfrentarnos a la apasionante tarea de la educación infantil. Como sugerencia, en este último apartado, pretendemos dar orientaciones para los educadores y hacer reflexiones que nos ayuden a nosotros, ya adultos, a desarrollar más fácilmente nuestra labor pastoral, de tal modo que colaboremos sin crear una imagen de Dios deformada, que oprima, empequeñezca o incapacite para la vida.

a) Educación de la religiosidad

El objetivo prioritario de 3 a 6 años es el de mostrarle al niño una imagen afectuosa y alegre de Dios. Es la época para empezar a iniciarlos en el aspecto comunitario de la religiosidad, por eso es oportuno que los padres participen en acontecimientos religiosos, fiestas comunitarias, así como en gestos familiares de religiosidad. A esta edad resulta indispensable el papel del testimonio. Es también a esta edad apropiado iniciarlo en la vivencia de que "Dios es como un Padre que nos cuida y nos escucha".

Evitar una noción de "Dios policía" que manda obligaciones, premios y castigos al ser humano; o un Dios que está al capricho del hombre. Todavía no conviene denominar el pecado, pero sí hacerle caer en la cuenta de que los actos en que se hizo daño, pudo haberlos evitado si quería. Lo mismo ocurre con el infierno, que se le puede describir como soledad, lejanía de Dios y de los hermanos o como ausencia de fraternidad. Nunca amenazarles, pero sí saber responder cuando preguntan.

De los 6 a los 9 años no hay nada mejor que transmitir la experiencia de fe a través de las historias de personajes concretos de los textos sagrados o de la historia religiosa humana. Los "héroes" religiosos (Jesús, Buda, Mahoma, los profetas, los santos...) le resultan particularmente atractivos. A través de ellos irá entendiendo su propia experiencia religiosa. El niño irá descubriendo con cierta facilidad que Dios llama a su conciencia. También es el momento en el que descubre que sus padres no son todopoderosos, por eso transfiere a Dios ese atributo, y lo vivencia como protector, como el que hace crecer y mantiene viva la naturaleza.

La etapa de 9 a 12 años es la adecuada para la información religiosa respecto a los hechos objetivos, por eso está en condiciones de adquirir una síntesis de la fe sistemática y concreta. Como es una etapa racionalista, la fe debe comunicarse buscando explicitar las razones que la fundamentan, ayudándoles a encontrar el Misterio trascendente detrás de los acontecimientos. El riesgo es que se queden en la información exterior y fría, sin personalizarla. En ese sentido, y porque todavía no captan del todo bien las ideas abstractas, conviene presentarles la experiencia religiosa humana a través de los hechos.

b) Religiosidad a la que debe aspirarse

- Religiosidad que no debe ser impuesta desde fuera, por eso hay que enseñar a orar pensando con el niño el contenido de las palabras que repetimos.

- Evitar por completo una religiosidad generadora de angustia, inhibidora de la experiencia, se trata de aspirar a una religiosidad motivada por la realización, segura de sus juicios, enraizada en la experiencia, que libere de todo sentimiento de odio y que aspire a la madurez de las relaciones, y que a su vez genere optimismo y sensación de plenitud.

- La religiosidad debe de caracterizarse por la disponibilidad y la entrega, y no determinada por el deseo y orientada al propio yo. Si transmitimos a los niños un concepto de Dios orientado a la consecución de los propios deseos, cuando tales deseos no se cumplan se llegará a la decepción y al abandono de Dios.

- Enseñar a los niños las diferentes maneras y estilos de apoyarse en Dios en cualquier situación de la vida, y no limitarlo sólo a los momentos de oración, es decir, que todo instante de nuestra vida debe estar relacionado con Él.

c) El lenguaje bíblico-simbólico¹⁰

Los símbolos tienen un valor preformativo o de eficacia, no es simplemente información, de ahí que lo importante no sea su valor intelectual. Si el niño no queda implicado en la simbolización, difícilmente podrá entrar en el ámbito de la fe. Sin la simbolización veríamos en Jesús solamente al hijo de José; el Antiguo Testamento no sería más que una historia inverosímil en donde actúa un Dios imposible. El niño o el adulto que no entra en el mundo de la simbolización remitirá exclusivamente su vida y el mundo a los elementos visibles y sensibles que conoce, o bien a su afectividad y a al estado de ánimo de cada momento.

Los símbolos, dice Leonardo Boff en su obra *Los Sacramentos de la vida*¹¹, son eficaces por tres razones que expresan su fuerza: evocan porque conectan con el pasado y lo hacen presente; provocan porque llaman a la acción, movilizan, trans-

¹⁰ Cf. C. y J. LAGARDE, *Catéchèse biblique symbolique*, v.2, París 1985, 7-20. *Enseñar a decir Dios*, Herder, Barcelona 1981. *Du jeu á la prière. Catéchèse créative*, París 1980, 11-13.

¹¹ Cf L. BOFF, *Los Sacramentos de la vida*, Madrid 2000, 4-9, 59-63.

forman y crean futuro...; y convocan, porque unen a las personas, crean comunión, alianza. Es probable que el hombre de hoy no haya perdido el sentido total de lo simbólico, pero sí se ha quedado ciego a cierto tipo de símbolos. Por eso es imprescindible que el adulto no abandone ese lenguaje y sepa transmitir ese mundo simbólico al niño, no sólo por su riqueza, sino también por su eficacia. Las categorías histórica, racionalista y científica son insuficientes para reconocer el rostro Dios como acompañante y protector, como creador del ser humano a su imagen, como “padre maternal”, como liberador, como experiencia de colaboración con Él...

Muchos de los que trabajamos en el mundo de la escuela, estamos convencidos de que es necesaria una formación religiosa bíblico-simbólica, que haga que las Escrituras sean más vivas y comprensibles, y que la formación escolar y catequética no sea un saber de definiciones o una comprensión literal de los relatos bíblicos.

Un modo de realizar esta formación es profundizar en los textos bíblicos. Para ello proponemos, siguiendo a Claude y Jacqueline Lagarde, un método basado en cuatro pasos:

1° Conocimiento del texto: se trata de llegar a una memoria del texto, de impregnarnos de los relatos y de las palabras.

2° Relacionar y comparar textos bíblicos, de esa forma se avanza en la iniciación y se va educando en la reflexión.

3° Interrogar la verdad de los textos bíblicos: a fuerza de aprender y de relacionar palabras, imágenes y criticar la verdad de los textos, el niño adquiere perspectiva, empieza a ser capaz de interrogar y criticar la verdad de los textos. Aquí choca con el problema fundamental de la existencia de una verdad, una realidad que no se describe como los datos objetivos del mundo, sino que se sugiere a través de un lenguaje simbólico. El adulto acompaña en el proceso de plantear preguntas, lo alimenta aportando luz, pero no debe de dar una conclusión definitiva.

Si damos al niño las respuestas claras y positivas que espera, estamos dando a entender que la verdad de la fe es del mismo orden que la de la ciencia positiva. El niño no aprendería a situarse ante las preguntas fundamentales que nos constituyen como hombres. Por eso, dejar que se interroge sobre el sentido de la vida, es dar al lenguaje de la fe la posibilidad de profundidad y densidad.

4° La toma de conciencia de lo irracional de los textos y de la vida. Nace aquí un nuevo aire que el niño presiente. El adulto que lo ha vivido se coloca con bastante espontaneidad en el nivel simbólico cuando ha comprendido el mecanismo del texto. Si el adulto dice: Jesús ayunó cuarenta días y después sintió hambre, es capaz de percibir rápidamente que hay un sentido subyacente y se pone a buscar el mensaje escondido acudiendo a sus conocimientos bíblicos. El niño, habiendo captado algo raro del texto dirá: es una imagen, es un símbolo, es un sentido figurado, pero tardará años en formular una respuesta coherente. El dominio de la palabra

simbólica, que viene como respuesta ante los elementos extraños del texto, es un aprendizaje largo y difícil.

Un ejemplo de experiencia práctica en el aula de profundización en los textos bíblicos viene expresada en este cuadro, donde exponemos los resultados de las 4 etapas anteriores:

PASOS	El relato de los Magos de Oriente (Mt 2, 1-23)	La creación del hombre (adaptación de Gn 1-2)	El arca de Noé (adaptación de Gn 6-9)
Conocimiento del texto	En este primer momento nos hemos limitado a leer los textos, luego dejamos que los niños sean los que nos cuenten la historia; para hacerlo más ameno, atractivo y eficaz usamos diversidad de materiales y formas: cómic, ordenar frases según su aparición en el relato, dibujar a los personajes, poner nuevos títulos a la historia...		
Relacionar y comparar textos.	Luego intentaremos unir estos textos con otros que conozcan. Dado que los chicos con los que hemos realizado esta actividad son entre 6-7 años, la dificultad es mayor porque no conocen muchos textos, pero a pesar de eso, tienen una vaga idea de otros textos con los que relacionan: el nacimiento de Jesús, la creación del mundo...		
Interrogar la verdad de los textos (los chicos se hacen preguntas)	-En la Biblia no aparece la palabra Reyes Magos. -¿Cómo se pueden parar debajo de una estrella? Eso es imposible... -¿Cómo son capaces de seguir una estrella? -¿Para qué quiere un niño pequeño oro, incienso y mirra? -¿Por qué el ángel se le aparece a José sólo en sueños?...	-¿Cómo puede Dios hacer al hombre del barro? -¿Cómo va a quitarle una costilla al hombre? Entonces se muere. -¿Por qué no hizo a la mujer igual que al hombre?	-¿Cómo pueden caber tantos animales en un barco? -¿Por qué Dios que es bueno salva sólo a la familia de Noé si Él quiere a todas las personas? -¿Tantos animales había en la aldea de Noé? -¿No se pelearon los animales entre sí en el barco? -¿Cómo hizo Noé para que todos los animales entrasen en el barco?

<p>Toma de conciencia de lo irracional de los textos. Conclusiones.</p>	<p>El provocar estas preguntas es una importante tarea, nos hemos cuestionado acerca del texto. Surge ahora en los niños una gran duda, ¿entonces la Biblia nos miente? Dejamos que ellos se respondan, y afirman que no porque Dios no dice mentiras, pero entonces qué hacemos con todos estos elementos extraños.</p> <p>Algunos afirman que Dios lo puede todo, aunque haya cosas extrañas Él es capaz de hacerlo con su poder, con su magia... Pero lo importante de estas sesiones de trabajo con los chicos son las dos conclusiones a las que los niños llegan:</p> <p><i>*No sabemos si todo lo que nos cuenta la Biblia es verdad, pero no nos importa porque creemos que Dios es bueno y nos quiere aunque nosotros no entendamos todo.</i></p> <p><i>*Lo importante de las historias de la Biblia es que están escritas para hacernos pensar.</i></p>
--	---

d) Enseñar al niño la imagen de Dios es un aprendizaje.

Comenzaremos este apartado señalando el papel esencial del adulto, de modo especial de los padres, en la enseñanza de la imagen positiva de Dios, luego daremos unas pinceladas sobre distintas formas de aprendizaje que recibe el niño de sus mayores.

Decíamos antes que el paso previo y requisito indispensable para hablar a los niños acerca de Dios es que el adulto aclare su propia imagen. Suscitar las siguientes preguntas en el adulto puede ayudar a esta ardua tarea: ¿qué personas produjeron en mí un mayor impacto religioso durante mi infancia y juventud? ¿Cuáles fueron mis primeras vivencias religiosas y qué sensación experimento ahora cuando las recuerdo? ¿Cómo empezó mi fe? ¿Qué elementos de esa fe desearía transmitir a mis hijos? ¿Cuál es el punto central de mi fe? ¿Qué es lo primero que se me ocurre de los conceptos "Dios" y "fe"? ¿Con qué atributos identifico más a Dios, con el de rey-juez o con el de padre-madre? ¿Qué imágenes de Dios me resultan más familiares y cuáles más extrañas? ¿Cómo voy a explicarle a mi hijo, alumno, catecúmeno...quién es Dios? ¿Qué imágenes usaré para hablar a los niños de Dios? Preguntas como estas nos pueden servir para evaluar de manera reflexiva cómo es nuestra fe, la imagen que tenemos de Dios, las vivencias y obstáculos que hemos ido encontrando, etc. Las respuestas que ofrezcamos deberán ser revisadas porque lo que tenemos entre nuestras manos es verdaderamente importante, la formación religiosa de los niños.

De todo el grupo de adultos influyentes en el niño, son los padres los que tienen un papel vital en la imagen positiva de Dios, por eso, el influjo que estos ejercen en la formación y desarrollo de la imagen de Dios en sus hijos es incalculable. La relación entre padres e hijo se proyecta y traduce en la relación Dios-hombre. Por eso es necesario que los educadores, y sobre todo los padres, ofrezcan una imagen de

Dios que se forme de manera reflexiva, para que así pueda entablarse una auténtica y propia relación con Dios.

Si las experiencias e influjos más determinantes en un niño se dan en los primeros 6 años de vida, significa que estamos en un momento determinante para que el niño vaya situándose ante Dios.

Ahora bien, los adultos podemos acercar la imagen de Dios desde una doble perspectiva, una negativa y otra positiva. La primera provoca en el niño angustias, complejos de inferioridad, sentimientos inconscientes de culpa, autosanciones inconscientes, retrocesos a fases anteriores del desarrollo... Esta inclinación hace brotar un sufrimiento permanente a la persona, por eso los adultos que recibieron esas imágenes deprimentes y demoníacas deben modificarlas para que no las hereden los niños. Estas imágenes más frecuentes son la de Dios juez que condena, el Dios demoníaco de la muerte, el Dios contable y el Dios de la ley, el Dios riguroso y exigente...

Por el contrario, las imágenes positivas de Dios son aquellas que se enseñan a través de expresiones con las que hacemos referencia a su amor, que muestran un rostro de Dios que acompaña y protege como un "buen pastor", que se preocupa por la vida de todas las personas, que sufre junto al hombre e intenta liberarlo...

La mayoría de las conductas son aprendidas, aunque algunas nacen del instinto. Sabemos que las interpretaciones del mundo se pueden aprender por imitación y por identificación, de modo que podemos aprovechar este aprendizaje en el niño para ofrecer esa imagen positiva de Dios que le haga crecer con un Dios cercano, accesible, bondadoso...

Los comportamientos de otras personas son métodos de aprendizaje sin enseñanza directa, pero no por ello menos eficaces, por tanto, podemos tenerlos en cuenta para la adquisición de la experiencia religiosa que, en cuanto vivencia positiva, es algo que se puede aprender. Así pues, la religiosidad puede tener su origen en modelos de conducta, pero no únicamente en ellos. Biesinger, citando a Grom dice que "es evidente que los padres desempeñen un papel único en todo el proceso de socialización de los hijos. Y es igualmente obvio por qué los hijos aceptan con mayor facilidad en su infancia los puntos de vista religiosos de los padres cuanto más clara vean en las relaciones con ellos la cálida marca de su amor manifestado en conductas y experiencias compartidas"¹².

Otros métodos de aprendizaje son la enseñanza a través de la comunicación y de la indoctrinación. La primera, por la que solemos tener más preferencia, se puede fundamentar más en la vivencia personal y abre posibilidades a elaborarse más ampliamente, mientras que la segunda desarrolla más bien un nivel de conocimiento e información.

¹² A. BIESINGER, *o.c.* 63-74.

Como último método de aprendizaje de la religiosidad hacemos referencia al método de afianzamiento extrínseco y la confirmación social. Es decir, la religiosidad adquiere sentido a través de los otros, pues ellos pueden ser cauces de testimonios. La confirmación de una determinada conducta que descubrimos realizada en otras personas es un incentivo para que esa conducta se repita en nosotros más que otras.

Un factor de suma importancia y que debe estar incluido en los métodos de aprendizaje de la religiosidad en el niño a la hora de hablarle de Dios son el uso de imágenes y de símbolos, y la Biblia los utiliza, pero no debemos de interpretarlos aislados y en sentido único, sino en la variedad del contexto en su conjunto. Por eso debemos hacer que el niño vaya interiorizando, comprendiendo, asimilando y relacionando todos esos símbolos que aparecen en el mundo religioso. Del lenguaje bíblico-simbólico ya hablamos en el apartado anterior, es momento ahora de ahondar en otro factor íntimamente relacionado, el lenguaje religioso.

e) La problemática del lenguaje religioso en la educación de la fe¹³

La lengua es una realidad viva que simboliza y expresa el misterio de la persona. También es referencia a módulos culturales, afectivos y fácticos de determinadas épocas y personas, es la presencia viva de acontecimientos pasados que permanecen actuales en quienes hablan. De ahí que también sea importante tener en cuenta el lenguaje que se utiliza tanto para la transmisión de la fe, como para su expresión. El lenguaje religioso no es ni inocente, ni inocuo. Por eso consideramos importante tener en cuenta estas aplicaciones a la formación religiosa:

-Iniciar en el lenguaje religioso no consiste en la sola repetición memorística de fórmulas, sino en conseguir la asimilación de los valores y conceptos religiosos que el lenguaje expresa, de modo que vayan adhiriéndose a nosotros en sucesión temporal y progresiva, a la manera como la Palabra de Dios fue asimilada por sus discípulos y por la Iglesia a lo largo de un proceso temporal.

-La comunicación del educador y el educando a través del lenguaje no consiste substancialmente en intercambiarse opiniones o puntos de vista, sino en quedar recíprocamente englobados en la vida y los valores de los interlocutores a la luz de la palabra.

- Las mediaciones o instrumentos que usa el lenguaje son de mucha importancia. Las palabras, textos, gestos, signos, símbolos... son imprescindibles para transmitir el sentido cristiano. También será muy importante que el educador escoja el tipo de estructura mental más apropiada (conceptual, concreta, abstracta, simbólica) para expresar esas mediaciones en cada contexto y en función de la edad de los niños a los que se dirige. Así como en nuestra metodología hemos optado preferentemente por lo simbólico, no quiere decir ello, que excluyamos de nuestro proceso de enseñanza-aprendizaje otras metodologías.

¹³ J. J. RODRÍGUEZ MEDINA, *Pedagogía de la fe*, Madrid 1972, 187-216, 286-293.

Con todo dentro de la educación no hay que evitar la variedad de lenguajes religiosos existentes: han de emplearse los lenguajes bíblico, litúrgico, dogmático y de los hechos de la vida. Entre ellos ha de darse una interacción, configurando una totalidad de lenguajes. Esto no excluye que en determinadas circunstancias, etapas del desarrollo y de la educación, se acentúe más o menos uno u otro lenguaje. Recordemos que

- el lenguaje bíblico debe ser traducido al lenguaje del hombre de hoy, o más aún, al del niño.

- el lenguaje litúrgico realiza el paso entre la esfera cultural y la terrena del cristianismo.

- el lenguaje dogmático se presta a reducir la fe a su enfoque conceptual.

- y el lenguaje de los hechos de vida aboca hacia la dimensión horizontal.

6. Conclusión

La reflexión realizada ha pretendido cuestionar cómo los educadores vamos mostrando a Dios a estas nuevas generaciones y, por tanto, reconocer cómo evolucionan en su pensamiento, qué extrañezas e incomprendiones presentan o ver cómo muchas imágenes pueden marcar negativamente en el desarrollo evolutivo religioso.

De todo el grupo de adultos que influyen en el niño, son los padres los que influyen más, de ahí su papel vital en la imagen positiva de Dios. Somos conscientes que desde un punto de vista psicológico y también teológico la imagen de Dios en su plenitud y totalidad, sigue siendo incomprensible e inconcebible para nosotros. Pero sin embargo, debemos recalcar que el influjo ejercido de modo especial por los padres en la formación y desarrollo de la imagen de Dios en sus hijos es incalculable. La relación entre padre e hijo se proyecta y se traduce en la relación Dios-hombre. Y si la autoestima en la infancia y en años sucesivos hunde sus raíces en la familia, su repercusión será decisiva en la relación del niño con Dios.

Por tanto, finalizamos dando un mensaje motivador y esperanzador a padres y educadores para que ofrezcan una imagen de Dios que se forme de manera reflexiva, para que así se pueda entablar una auténtica y personal relación con Dios.